

Lo Vasco. Algunas características (en "Memorias. Lo que he visto, oído y vivido en el s. XX", de Francisco de Etxazpi

RAMIRO LARRAÑAGA

Introducción: Esta entrega póstuma de nuestro buen Amigo y colaborador Ramiro Larrañaga (que empleó el seudónimo de Francisco de Etxazpi en sus MEMORIAS) ven hoy la luz por haber sido una experiencia personal que es hoy ya historia. Supone el encuentro de dos mundos, el oriundo y el del emigrante (de rabiosa actualidad aunque hoy sean otros los emigrantes), que fue buscando su cauce de integración en los pueblos y familias vascas. Sirva, pues, en homenaje a quien supo observar, recoger y transmitir la visión mutua de los que vinieron y de los que los recibieron.

Lo vasco: algunas características

Había en el centro social compañeros de diversa procedencia que se habían afincado e integrado bastante bien en nuestra ciudad. Eran mayoría los que llevaban varios años y se consideraban, a pesar de su origen, personas normales en la convivencia ciudadana. Pero como es natural y debido a la dificultad que presenta el aprendizaje del idioma vasco o euskera, solamente habían asimilado algunas pocas palabras pero eran incapaces de llevar una conversación. Indudablemente, el idioma vasco presenta serias dificultades de aprendizaje a las personas mayores.

Hubo un consocio que apenas entendía nada cuando se conversaba en vasco, por lo que cuando él u otros como él tomaban parte en aquellas reuniones siempre se hablaba en castellano. Nunca hubo problemas en ese sen-

do. Aquel día llegó tarde y con su habitual tono altanero soltó en tono de broma esa fatídica frase que no pocas veces ha causado cierta molestia:

–¡A ver si habláis cristiano!

–No te admito que digas eso –le repliqué– y menos aquí en el suelo que pisas.

Se disculpó porque se dio cuenta de que esa manida frase es ofensiva y no cabe decirla ni en bromas. Pero dio pie para que se le soltasen unos alegatos o razonamientos que acaso le servirían para no repetirla.

–En primer lugar –le dije ya en tono distendido–, piensa que el euskera ya se hablaba en tiempo de Cristo y que el castellano tardaría algunos siglos después en adquirir su carta de naturaleza, porque se formó en base a otro idioma, el latín, que implantaron en la península los romanos cuando la invadieron y a cuya formación contribuyeron también otros términos procedentes del árabe e incluso del euskera, aunque en menor medida. Esto es así y es históricamente demostrable.

–La lengua castellana –me contestó– es la que prevalecerán sin duda alguna porque es en la que nos entendemos todos, tanto aquí como en los territorios americanos donde se impuso cuando fueron colonizados. Esto está claro.

–Tú mismo has dado en el clavo cuando has mencionado eso de “donde se impuso”, porque los indios americanos hablaban varios idiomas y existen vestigios de los que se perdieron a raíz de la conquista. Pero su conservación hubiera sido un riqueza cultural, como es en nuestro caso. Y te diré más: mires por donde mires, bien por antigüedad o por raigambre, puedes estar seguro que el idioma vasco, bajo el aspecto que tú lo ves, es más ibérico que lo que ahora estamos hablando. Y si se hubieran conservado las lenguas que hablaron los que antaño habitaban en Castilla, Andalucía, Levante, etc., habría que considerarlas con igual respeto y atención que merece el idioma vasco. Y si tú crees que el conservarlo es un anacronismo... creo que estás muy equivocado.

Entre los contertulios se exteriorizaron varias opiniones. Había quien opinaba que esa explicación suponía remontar con exceso en los tiempos pasados; algún otro decía que si hubiera un sola forma de expresión entre los habitantes del planeta sería beneficioso para todos y así otras opiniones más o menos interesantes. De todas formas, creo que estuvimos todos de acuerdo en admitir que el idioma castellano o el español –aunque también lo son el catalán y el gallego, faltaba más– es uno de los más ricos y posee unos recursos expresivos de los que carecen otros que se consideran importantes. La cuestión idio-

mática, dentro de la península ibérica, ha originado no pocas polémicas de variada índole: pueblos, zonas, provincias y regiones enarbolan su primitivismo en torno a esta cuestión. Vino a cuento entonces el relato de un suceso que, en cierto modo, se relacionaba con el tema:

—Durante unas vacaciones estuve en un balneario bastante lejano. Cierta día tuve que desplazarme en mi coche utilitario hasta una farmacia donde me encontré con un conocido, sólo de vista, que también estaba tomando los baños. Como empezó a llover y el hotel estaba más de dos kilómetros me ofrecí para llevarle, puesto que también yo regresaba. Observé que se fijó en la matrícula, así que ya se supuso de qué región procedía. Iniciamos una conversación insulsa, hablando del tiempo, como siempre se hace, pero eso le dio la suficiente confianza para que, al día siguiente, mi interlocutor me soltase, así de sopetón, la siguiente pregunta:

—¿Usted qué se siente, vasco o español?

La preguntita se las trae, así que todos los contentulios quedaron pendientes de conocer la contestación que se dio a este planteamiento gentilicio que en ocasiones se ha solido formular por ciertos individuos más o menos dotados de cultura. O de incultura total, que tanto da.

—Mire usted. En primer lugar soy de mi pueblo natal; después guipuzcoano; luego vasco; después español; europeo; del hemisferio norte, y así sucesivamente hasta donde se quiera llegar. Creo que esto es lo normal, porque si se mezcla ese orden ascendente se incurre en una postura equivocada, que no es lógica ni natural. ¿No cree usted así? Comparativamente, observe lo que ocurre con el fútbol, el deporte de moda que actualmente mueve grandes sumas de dinero y de espectadores. Podrá usted comprobar que el sentimiento normal es que gane el equipo que representa al pueblo, la provincia, la región, etc. siempre en ese orden ascendente, esto es evidente.

Intervino entonces uno para decir que él no se sentía vasco aunque reconocía que había muchos en su tierra que hablaban euskera, pero que para él, ser español era más importante que considerarse vasco.

—Respeto tu opinión, pero a algunos os ocurre que sentís cierta aversión, desde luego infundada, a todo lo que suene a vasco. Es vuestro problema. Pero, queráis o no, sois vascones de origen. Eso lo admitís aunque sea a regañadientes, pero lo de ser vascos no, aunque es lo mismo. Vuestros apellidos, los nombres de vuestros pueblos, montes, ríos y heredades, todo apunta hacia un pasado que rechazáis y, en ese pasado, están vuestros no tan lejanos abuelos que hablaban euskera. Sin embargo, os alegráis de que vuestros *pelotaris*, *aitz-*

kolaris y *arrijasotzalles* se destaquen en los deportes rurales vascos, así que implícitamente, en vuestro interior, también lo admitís. Y te diré más: No solamente aparecen vestigios de esta lengua a ambos lados de los Pirineos sino también, de manera ostensible, en la Rioja y parte alta de Burgos; nombres de ermitas, propiedades y otros topónimos así lo confirman.

En uno de los tomos de la obra “*Irún en el siglo XX*” escrita por **Emilio Navas**, se cita que a mediados del siglo anterior, es decir en el XIX, Navarra solicitó que las ciudades de Irún y Hondarribia pasasen a su jurisdicción alegando que eran ciudades... *vasconas*. Incluso hubo un decreto que avaló dicha petición. Sin embargo, no aceptaron el cambio ambas poblaciones guipuzcoanas. De haberse llevado a cabo tal solicitud hubiera quedado Guipúzcoa sin apenas frontera con Francia. Pero quiero que centres tu atención en los motivos de aquella solicitud: *ciudades vasconas*, es decir de la vieja Vasconia que es Navarra. Y una petición similar se formuló durante la guerra de 1936 al ocupar las fuerzas navarras el territorio guipuzcoano. Sin embargo fue rechazada nuevamente la solicitud, no solamente por los respectivos Ayuntamientos sino también por el de la capital guipuzcoana y algunos más. Es paradójico que ciertos sectores recalcitrantes nieguen o ignoren ahora aquellos razonamientos que se esgrimían aludiendo a la historia antigua que nos transportaba a los tiempos en que la vieja Vasconia tenía unas características especiales.

—Buenos, pero todo eso ya pasó. Todo eso es meterse ahora en política y creo yo que es más importante ahora defender la lengua nacional que es bastante más útil e importante que el euskera.

—No estamos hablando de política sino de una antiquísima riqueza cultural del continente europeo. También pasarán estos tiempos y quién sabe si dentro de quinientos o mil años se empleará un idioma universal que se derive, por ejemplo, del inglés, ¿qué te parece? ¿Sería lógico y patriótico —insisto en este término— que se repudiase el castellano por obsoleto? El idioma vasco o euskera se encuentra en un periodo de transición. Ahora se enseña el método llamado “batúa” en las ikastolas, que es la versión unificada de la lengua. Es bueno que se acoplen todos los dialectos de los distintos territorios o zonas, pero se necesita tiempo para alcanzar el resultado que se pretende. No es cosa de unos años, ni siquiera de unos lustros. El resultado se verá en las futuras generaciones. Y quienes critican la existencia de esa variedad dialectal deberían aplicar igual criterio sobre el idioma castellano, que padece el mismo mal. Si miden con la misma vara, observarán diferencias muy acusadas, modismos y expresiones corruptas en muchas regiones y países de habla hispana. Lo que en nuestro territorio se pretende no es otra cosa que sostener el idioma vasco a la par que el castellano, que también es nuestro. Por eso, todo o casi todo se

edita en bilingüe aunque también hay que decir que muchos de los que hablamos ambos idiomas leemos esos impresos preferentemente en castellano porque nos resulta más fácil. Quizá cuando se culmine esa transición lingüística cambie esa tendencia. El conocimiento de ambas lenguas es una riqueza expresiva muy importante. Además, por la sintaxis tan particular del euskera se accede con mayor facilidad al estudio de otros idiomas. Es un dato que no pocas veces se ha comprobado.

Era momento oportuno para relatar una opinión de **José Miguel de Barandiarán** sobre el idioma vasco a raíz de la pregunta que le formulé durante cierta reunión cultural:

—*On Joxemiel: oraintxe bertan azalduko baliz gure aurrean orain dela iru edo lau mila urte bizi izandako euskaldun bat, alkar izketan ulertuko giñateke?*— (Si en este momento apareciera ante nosotros un vasco que vivió hace tres o cuatro mil años ¿nos entenderíamos al hablar entre nosotros?...).

Contestó a la pregunta, quizá algo capciosa por mi parte, diciendo:

—Ez da ezer ere, bi edo iru itz izan ezik. Kontu izan bear degu gure lurretatik pasatu izan diran zenbait zibilizazio eta denak utzi dute bere arrastoa. Orregatik iztegiak beti aldatzen juten dira itz berriak sortzen diralako. Gure izketa, ain zaharra denez, neurri aundiagoan minberatua izan da. Itz bakoitze-ko sustraiak ikusi besterik ez dago.— (Absolutamente nada a nivel de conversación; solamente algunas palabras sueltas. Hay que tener en cuenta que todos los idiomas van evolucionando con el tiempo y el nuestro, por su remota antigüedad, lo ha sido en mayor medida. Por esta tierra han pasado otras civilizaciones y todas ellas han dejado su rastro lingüístico. La etimología de muchos términos lo confirma).

Se debatió a los pocos días nuevamente la cuestión con cierta virulencia. ¿Qué es lo que debe entenderse por vasco si nos referimos a las características de una persona?

—Son cuestiones en las que hay que considerar diversos matices, no solamente el idioma. Es cierto que antaño hubo entre los habitantes de esta tierra ciertas particularidades antropológicas, pero eso se desvanece y si no se han perdido del todo está cercano el tiempo de que esto suceda. Antes, la mayor parte, salvo excepciones, no salía del propio territorio: se nacía, se vivía y se moría en él. Ahora no ocurre nada de eso. Si existió una raza, como sin duda la hubo como en otros territorios colindantes, apenas existen ahora los rasgos que la caracterizaban. Las comunicaciones, el intercambio cultural, el trasiego de gentes de un lugar a otro por motivos laborales y otras causas provocan una

mescolanza que irá en aumento hasta que llegue un día en que los habitantes del planeta sean... mestizos. O algo así. Quién sabe.

Se animó el cotarro. Salieron a relucir multitud de ideas y definiciones. Y de todo ese mosaico de creencias, algunas a favor y otras en contra del concepto planteado, se pudieron anotar algunas: Para unos, el ser vasco era tener los ocho apellidos euskaldunes. Otros dijeron que hablar en euskera; alguno añadió que era un sentimiento, una estirpe, un gesto; quizá una mezcla de todo esto. Algún otro apuntó que era necesario haber nacido en territorio vasco aunque su ascendencia fuera extraña. Hasta salió a relucir el componente musical, en el que el sentimiento que infunde un “*zortziko*” caracteriza la idiosincrasia vasca, de igual manera que el fandanguillo a un andaluz. Y en esa guisa se dijeron buen número de descripciones más o menos afortunadas. Pero en medio de todo aquel galimatías en que cada cual defendía sus argumentos añadiendo otros más sobre cada tesis, cierta persona que había permanecido callada y a la escucha de toda aquella variedad de opiniones, nos sorprendió a todos con la siguiente pregunta:

—¿Si un pato nace en un gallinero, qué es, pato o pollo?

—Tampoco es válido ese concepto porque conozco casos, como por ejemplo el de los muchos miles de descendientes de emigrantes de esta tierra en países americanos, es lo que se conoce por la diáspora vasca, en que unos a consecuencia de las guerras civiles del siglo XIX y otros de la del 1936, amén de los que se desplazaron por otros motivos de carácter industrial, ganadero y agrícola, se destacaron por la riqueza que crearon. Basta observar sus apellidos, que ostentan con orgullo, y las costumbres folkloristas que practican y conservan para cerciorarse de esa realidad.

Indudablemente son factores que hay que saber respetar. Y si vale de algo, me permito leer unas notas que escribí en recuerdo de algunos antepasados. En cierto modo, se relacionan con el tema porque en ellas se reflejan algunas facetas de la forma de vida de una época anterior no tan lejana:

—“Justamente recuerdo al abuelo paterno. Se llamaba Martín. Y absolutamente nada de mi abuela paterna porque murió joven, según me contaron, un día que regresaba a casa desde el lavadero público con un balde de ropa sobre la cabeza y otro bajo el brazo. Un buen número de hijos, todos en plena adolescencia, quedaron sin su protección cuando más falta les hacía. Ocurrió casi a primeros de siglo XX, cuando no se conocían las causas de ciertas enfermedades, como la hipertensión, diabetes, o como las que se les decía cólico misere que podría ser una peritonitis, o *burutik berakua* quizá meningitis, y así otras más. Lo cierto es que cayó en la calle como fulminada. También era guipuzcoana y sus apellidos toponímicos indicaban su ascendencia de esas casas rurales vascas de donde proceden buena parte de ellos.

El abuelo fue chistoso y ocurrente. Hablaba en vasco, pero se defendía en castellano a base de pronunciar palabras desacertadas. Hay que tener en cuenta que en el idioma vasco no existe el género y salvo alguna excepción todos los términos son neutros hasta que se adjetivan a continuación como masculinos o femeninos. Era forjador y se ocupaba en una antigua fábrica del pueblo. Precisamente en el mismo lugar en que lo hizo su padre —mi bisabuelo— donde le tocó defenderse allí mismo hasta caer prisionero durante la última guerra civil del siglo XIX. Vagamente recuerdo que me sentaba en sus rodillas mientras cantaba *bertsos* y *zortzikos* de su tiempo. Al salir del trabajo, cuya jornada era superior a la que en estos tiempos se acostumbra, se reunía con sus compañeros en una tasca muy pequeña y en la que sentados alrededor de una mesa de madera, con su superficie rugosa de tanto que la *etxekoandre* o mesonera la fregaba con estropajo, agua y jabón, todos ellos recuperaban sus fuerzas mediante pausados sorbos de vino tinto en unos enormes vasos de grueso cristal. Duraba la tertulia como hora y media, más o menos, donde trataban de arreglar su pequeño mundo, y tanto que pequeño puesto que poco o nada conocían fuera de la comarca. Después cada uno a su casa y nadie salía de noche porque la jornada laboral comenzaba entonces con las primeras luces del alba. Cuando falleció lo amortajaron de franciscano como era costumbre en ese tiempo.

Eran unos tiempos en que no había tantos medios higiénicos como ahora. Se desconocía la existencia de los cuartos de baño en los domicilios. No había instalaciones de agua caliente. Una buena parte de los obreros se afeitaban, preferentemente los sábados, en las barberías. La electricidad era casi un artículo de lujo y los servicios que con ella se obtenían distaban muchísimo de los usos y adelantos que de ella actualmente se obtienen. Se procuraba bastante ahorrarla. Recuerdo, porque lo observé en algunos domicilios, aquellos pequeño huecos perforados en la parte alta del tabique de dos habitaciones contiguos donde se instalaba una bombilla para que alumbrase al mismo tiempo ambos compartimentos. Hasta ahí llegaba a veces el sentido del ahorro. Aquellas lámparas terminaban en una afilada punta.

Mi otra abuela era navarra de pura cepa, nacida en el Baztán, así como sus antepasados. Y como buena vascona —no olvidemos que el reino de Navarra proviene de la vieja Vasconia— hablaba muy bien el idioma vasco. Parece ser que su padre había luchado en las tropas del pretendiente y, al perder la guerra, estuvo exiliado en Francia. Como ha sucedido en muchas de nuestras familias, los bisabuelos se vieron enfrentados en esas contiendas del siglo XIX. La abuela María relataba diversas circunstancias de esos tiempos en que, siendo muy niña, pudo observar los movimientos de las tropas de ambos bandos, y también nos contaba cómo en los rigurosos inviernos pire-

naicos descendían las manadas de lobos hambrientos hasta las calles del pueblo y los veían desde las ventanas de casa. Otra cosa que recuerdo de ella es que hacía de intérprete entre una vecina, que era castellana, y las caseras o aldeanas que diariamente acudían a la plaza de verduras del pueblo a vender los productos. Los traían desde el caserío por aquellos casi intransitables y pendientes caminos pedregosos. Cubrían sus cabezas con los tradicionales tocados bien limpios y colocados, y calzadas con sus *abarkas* de cuero vacuno y con sus asnos cargados de marmitas y productos del campo. Una estampa cuya visión, desgraciadamente como otras muchas, sólo ha quedado en el recuerdo. Ahora apenas quedan en los caseríos animales de transporte; existen carreteras a los barrios rurales y disponen los agricultores de automóviles y otros medios más modernos para el transporte.

Cuando nos dábamos un golpe en nuestros juegos infantiles, entonces bastante bruscos y violentos, nos curaba la abuela con árnica, cierto líquido milagroso de color rojizo que preparaba ella y lo guardaba en un fraco redondo de cristal labrado; parece que lo estoy viendo. A veces, también le hacíamos enfadar colocando el pan invertido o boca abajo. Para ella, hacer eso, era como un sacrilegio; una falta de respeto al alimento más sagrado que existe. Nos reñía y volvía a situarlo en su posición normal después de besarlo.

Los asistentes a la reunión escucharon con atención estas singularidades del territorio. Intervino entonces una mujer que dijo:

—Yo soy andaluza pero comprendo que debo adaptarme a las costumbres de este país donde han nacido algunos de mis hijos y los nietos. No puedo pretender que aquí, por imposición, se canten fandanguillos y se bailen sevillanas con castañuelas. Debo respetar todas las costumbres de la misma manera que si alguno de vosotros se desplaza a mi tierra deberán hacer otro tanto con las nuestras. En una palabra: mutuo respeto.

Son diversos matices los que hay que considerar para aproximarse, sólo aproximarse, a una acepción definitiva de lo que caracteriza al vasco, porque no solamente es el idioma. En más de una ocasión se ha solido decir que el vasco es corto en palabras pero en obras largo. Incluso un filósofo de la talla de **José Ortega y Gasset** comparte esa distinción, pues conoció bien el País Vasco. Tanto es así que en una de sus obras, entre otras opiniones, lo describe de esta manera:

—*“Raza rural y marinera, que se aferra a sus costumbres y sus usos con sin par tenacidad. A la vez místicos y sensuales, refrescan la oración con la jarra de sidra y forman procesiones que se deshacen en bailes de primitiva coreografía. No hay tierra en España más cuidadosamente labrada, ni más*

limpias aldeas, ni ciudades mejor urbanizadas. El vasco acepta rápidamente los inventos mecánicos de la moderna civilización, pero a la vez conserva irreductible en su pecho el tesoro de viejísimas normas religiosas y políticas. Yo no creo que exista en Europa un pueblo de más acendrada moralidad”.

Es cierto –como antes se ha dicho– que hubo antaño algunas características antropológicas apreciables, como en cualquier otra raza, pero eso se va perdiendo irremisiblemente a causa de la fusión con distintas etnias. Es inevitable. Y ese detalle se va reflejando en el mosaico político, cada vez más difuso y confuso. Antes, decir *palabra de vasco* significaba cumplir un compromiso que no necesitaba respaldo notarial porque era una promesa sagrada y firme. Ahora ya no lo es tanto. Pero a pesar de todo hay algo que prevalece, están las raíces que se resisten a desaparecer. Hace más de cuarenta años que una personalidad del gobierno central dijo:

–Los vascos son sentimentales y desde aquí se les observa con cierta preocupación.

No deja de ser una apreciación válida, particularmente si se observa con imparcialidad la razón que subyace desde las contiendas del siglo XIX, que no es otra que la pérdida de unas normas de convivencia, que fue el régimen foral, que durante siglos caracterizaban a estos territorios. Como demostración, quizás valga contemplar el comportamiento de destacados marinos y conquistadores como los **Okendo, Blas de Lezo, Juan de Garay, Juan Sebastián Elkano, Miguel López de Legazpi, Andrés de Urdaneta, Cosme Danián de Txurruka** y algunos otros más que, siendo vascos hasta la médula, no tuvieron problema alguno en el aspecto político, nacional o patriótico, o lo que se quiera invocar, al menos en el sentido y en las causas que en los tiempos presentes se plantean y discuten.

La derrota sufrida en las campañas que se registraron y las nefastas consecuencias que derivaron de ellas para Euskalerría, como pudo ser entre otras la pérdida de los Fueros, inclinarían al vizcaino **Sabino de Arana y Goiri**, de familia tradicionalista, a la fundación del Partido Nacionalista Vasco y de su bandera tricolor que se izó por vez primera por **Ciriaco de Iturri y Urlezaga**, oficial de un batallón carlista de la última guerra del XIX, a las seis de la tarde del día 14 de julio de 1894 –según figura en la obra *Ikurriña-Historia y Simbolismo*, de **José M^a Bereciartúa**– a raíz de la escisión que se produjo al cuestionar el vínculo con la monarquía española y haciendo suya la auténtica posesión de la genuina idiosincrasia vasca en todos sus componentes. Y no resulta extraño que entre tantas opciones y variaciones políticas que surgieron en esos tiempos y han derivado hasta nuestros días, también hubiera entre los liberales vascos, como los hubo, bastantes partidarios del mantenimiento de

los Fueros —o lo que quedaba de ellos— mientras otros del mismo campo los combatían y trataron de suprimirlos. En ciertas publicaciones regionales de esos tiempos se decía “*que las fechas del 25 de octubre de 1839 y del 21 de julio de 1876 debieran estar grabadas en la memoria de los vascos*”. Efectivamente, para estudiar y comprobar las inquietudes políticas que prevalecen en el País Vasco sobre la cuestión foral entre los partidos mayoritarios desde los principios del siglo XX hasta los años anteriores a la guerra civil que se inició en 1936, también servirían de referencia, entre otros, los argumentos expuestos en las siguientes publicaciones: “*Castilla Foral—Liga Foral Autonomista de Guipúzcoa*” divulgada el año 1905 por el diario “*La Voz de Guipúzcoa*”; el contenido de “*Rapport de la Délégation Basque*” (versión en castellano) “*Tercera Conferencia de Nacionalidades*”, Lausanne, junio, 1916, a la que acudió el Partido Nacionalista Vasco, así como también la “*Síntesis del programa de la Comunión Tradicionalista*”, Bilbao 1932. En todas ellas se observa la misma preocupación, pero bajo distintos aspectos, respecto a esa cuestión que sigue reclamándose a pesar de los años transcurridos. Un acercamiento notorio entre los partidos tradicionalista y nacionalista se produjo con motivo del proyecto de Estatuto que se formuló en 1931, hasta el punto de que llegaron a visitar por algún tiempo sus respectivos centros políticos. Consecuentemente, no faltan testimonios que consideran la abolición foral como la causa de los problemas del fondo político que nos afectan y que desde aquellas fechas se han sucedido en mayor o menor intensidad. Al fin y al cabo, los actuales partidos no son otra cosa que unas ramificaciones emanadas de los bandos que lucharon entre sí durante las guerras civiles del s. XIX.

El destacado escritor socialista **Toribio Etxebarria**, en cierta declaración, se refirió a la cuestión foral de esta manera: *La reintegración foral no puede significar necesariamente la vigencia de la antigua legislación, sino el restablecimiento o restitución a favor de este país de aquellas facultades legislativa, ejecutiva, judicial y administrativa de que gozó hasta la abolición de los Fueros. Lo que significó su plena soberanía política*”.

También se hablaba en los años que precedieron a la proclamación de la II República, particularmente en los medios socialistas, de las aspiraciones que había para que se instaurase en España una República Federal. Eran los tiempos en que se sublevaron contra la monarquía de **Alfonso XIII** dos capitanes de la guarnición de Jaca, llamados **García Hernández** y **Fermín Galán**, que fueron seguidamente fusilados.

Prueba evidente de la existencia de ese sentimiento de amor y veneración al origen, son los numerosos testimonios de muchos grupos que desde aquí, como se ha dicho, emigraron por causas de las guerras civiles a tierras ameri-

canas, donde conservan su peculiaridad hasta los descendientes que, por otra parte, no renuncian a la nacionalidad del territorio en que han nacido y en el que residen, pero siempre se declaran vascos de origen. Buena prueba de ello es el siguiente escrito que firmado por el presidente y el secretario de la Confederación de Entidades Vascas de América dirigieron al rey **Juan Carlos I** cuando se posesionó del trono español. Este es el contenido:

“Confederación de Entidades Vascas de América (Euzko Amerika'ko Bazkun Alkartasuna)

Buenos Aires, 3 de diciembre de 1975.

A su Majestad Juan Carlos I de España. Madrid.

Majestad: En momentos en que la historia del estado español, terminando una época entre a vivir una nueva era donde su reinado ha de fijar nuevas pautas políticas, la colectividad vasca de América, agrupada en nuestra CONFEDERACIONES DE ENTIDADES VASCA DE AMÉRICA, respetuosamente se dirige a S.M. exponiendo sus puntos de vista esperando que los mismos sirvan de aporte para un futuro menos doloroso y sombrío que el que acaba de terminar y pueda, por fin, la paz basada en la justicia y la libertad sentar sus reales en ese Estado cuyos designios le toca gobernar.

Los vascos son un pueblo con naturaleza propia, con lengua igualmente propia, que mejor que nadie definió S.M. Alfonso XIII, su abuelo, en Guernica en 1918, con derecho basado en la espiritualidad, con costumbres apoyadas en su sencillez, con responsabilidad cimentada en el trabajo, con tradición que nace en épocas prehistóricas, con costumbres que rigen sus manifestaciones de soberanía respetuosas con las ajenas y una porción de condiciones de bienestar sentadas en sus principios de igualdad humana confundidos con similitudes cristianas, cuya fe aceptaron al parecer un poco tarde pero que fueron de entrega plena a sus principios en cuyo seno quisieron nuestros padres y lo queremos nosotros: vivir y morir.

Nuestra Confederación agrupa en su seno a los vascos esparcidos y organizados a lo largo de todo este vasto continente americano de Estados Unidos hasta Argentina, incluyendo naturalmente Méjico, Venezuela, Perú, Chile, etc. etc.

Son varios millones de vascos entre nativos y oriundos los que habitan América desde lejanos tiempos. En las gestas emancipadoras de todos y cada uno de los pueblos de este continente los vascos han ocupado un lugar preeminente, siempre en defensa de los sentimientos consustanciales de nuestra raza, de justicia y libertad.

Los grandes contingentes de vascos llegados a América en diversas épocas, los más fueron como consecuencia de las tres guerras que asolaron

nuestra tierra y acabaron privándola de sus libertades, las dos primeras llamadas guerras carlistas y la última, que aún sangrante perdura en nuestros recuerdos.

Fueron estos vascos los que un día obtuvieron del presidente argentino Dr. Roberto M. Ortiz –hijo de nuestra estirpe– los decretos por los cuales los vascos, cualquiera que fuera su condición y documentos de que dispusieran, pudieran entrar libremente y radicarse en la Argentina, con el sólo Aval del Comité Pro Inmigración Vasca constituido en Buenos Aires por conspicuos ciudadanos argentinos.

Así como hizo Argentina, fueron muchos los gobiernos de América que han distinguido a los vascos con gestos generosos. Fue simplemente el reconocimiento del tremendo aporte de los mismo en la constitución, liberación y progreso de los distintos países. Y son muchos los que ocuparon y aún hoy ocupan –como hijos de la estirpe vasca– cargos de importancia en distintas esferas de la vida política, social, religiosa y económica de las repúblicas americanas.

Es muy curioso que tanto en la parte oeste de América del Norte como en las estancias, fundos y sabanas del sur, la colonia vasca se mantenga con su carácter específico durante generaciones. Puede decirse que estos americanos plenos están vinculados con el Viejo Mundo por el cordón umbilical sanguíneo y territorial vasco, de donde reciben su raíz étnica, tanto en el Norte de España como en el Sur de Francia. Y esa ligazón europea la mantienen siempre, aunque a veces aumentada con las tensiones políticas provocadas por los gobernantes de turno por el desconocimiento del derecho vasco.

Desde que la última tragedia azotó al Pueblo Vasco, a Euzkadi, donde muchos de los hoy miembros de la diáspora vasca fueron protagonistas, la colectividad vasca vio aumentado su sufrir y sintió muy de cerca todas las vicisitudes que le tocaron padecer al Pueblo Vasco, a su pueblo, al pueblo de sus mayores. Tal sigue aconteciendo hoy.

En razón de ello, nos dirigimos en su nombre a S.M. a fin de exponer con franqueza y sencillez las aspiraciones de la colectividad vasca de América con respecto a ese Pueblo Vasco.

Como cristianos, como católicos que somos en gran mayoría, amamos la paz, pero una paz basada en la justicia, la libertad y el mutuo respeto. Esa libertad, dentro de un vivir cristiano puede llegar en estos momentos S.M. como también sabemos que la historia no se escribe en un día ni en meses, pero sí que se empieza un día para seguir escribiéndola en todos y cada uno de los días subsiguientes a través del tiempo.

Su Santidad Pablo VI y el cardenal Marcelo González Martín han sido claros al fijar normas precisas a este respecto, en especial el Primado cuando exhortó a la concordia “sin intentar imponer a nadie convicciones que

pueden no ser compartidas". El cardenal arzobispo de Madrid, monseñor Vicente Enrique y Tarancón, el día 27 de noviembre en la iglesia de San Jerónimo, pidió que "las autoridades respeten, sin discriminaciones ni privilegios, los derechos de la persona; que protejan y promuevan el ejercicio de la adecuada libertad de todos" Y S. Majestad ante el Parlamento sostuvo "que nadie tema que su causa será olvidada".

Ante tantas voces, justo es que los vascos de América nos sintamos animados a dirigirnos a S.M. para decirle que esperamos que acoja con el mismo espíritu nuestro reclamo y ordene a las autoridades que le acompañen en su gobierno, previo el estudio pertinente del problema vasco, en todos sus aspectos y características, con el sentir de los vascos en primer término, de sus autoridades legítimas, de sus juristas, de sus lingüistas, de sus historiadores, de sus educadores, de sus tribunales de cuentas y economistas y de todas sus jurisdicciones, y que determine y señale para el Pueblo Vasco el reconocimiento pleno de su nacionalidad, de su libertad y el ejercicio de su natural derecho de autodeterminación.

Como expresión de las Entidades Vascas de todo el continente americano, saludamos a S.M.

Ramón J. Arozarena (Secretario) Andoni de Astigarraga (Presidente)

Avda. Belgrano 1144 – Buenos Aires"

No era conveniente avanzar más en la cuestión porque indudablemente aquello acabaría en una discusión política que, ante todo y teniendo en cuenta que entre los concurrentes había variedad de ideologías convenía evitar. Se optó por dejar al aire las posibles respuestas. No obstante, y puesto que se había mentado la música vasca, surgió una cuestión que en un tiempo, no tan lejano, estuvo en la mente de muchos ciudadanos: el Himno Oficial del País Vasco. Hubo entonces, según se observó a través de algunos medios de difusión, otra división de opiniones. Una buena parte, integrada tanto por socialistas vascos como por tradicionalistas, se inclinó por el "*Gernikako arbola*" de Iparragirre, porque tenía arraigo y además era un *zortziko*, un estilo musical netamente vasco. Pero el que se impuso fue el "*Gora ta gora*", a propuesta de los nacionalistas, canción más reciente y que no tiene la característica musical del *zortziko*. Se interpretaba por los txistularis al principio de la *Espatadantza* cuando se ondeaba la bandera tricolor sobre los dantzaris arrodillados. Este detalle era suficiente para que este último himno hubiese sido considerado como de homenaje a la bandera o *ikurriña*, mientras que aquél hubiera tenido la oficialidad que otras muchas personas desearon otorgarle.

El Partido Nacionalista Vasco: "Dios y Fueros = Jaungoikoa eta Lege zarra", J.E.L., fue en buena medida, como se ha dicho, una escisión del

Carlismo o Tradicionalismo Vasco del siglo XIX, que de su lema “Dios, Fueros, Patria y Rey” suprimió los dos últimos términos, al considerar que la patria directa era “Euzkadi = lugar de los vascos”, y que el rey no podía ser considerado como tal al haberse suprimido unilateralmente el juramento a los Fueros, conforme venían haciéndolo todos los monarcas españoles. Las ideas de **Sabino de Arana y Goiri** pronto tomaron fuerza con el nuevo lema, y determinaron la creación de una bandera *-ikurriña-* y el uso del término Euzkadi fue sustituyendo al de Euzkalerria, con el que se le conocía hasta entonces bajo la significación de Pueblo Vasco.

—ETA sigue *en sus trece*. Comenzaron la rebelión unos idealistas e hicieron temblar a la dictadura franquista. Bastante gente vio en esa actitud cierto aspecto positivo para que pudiera finalizar una época que no a todos gustaba y convenía. Estos movimientos que se producen a lo largo de nuestra historia suelen tener inicialmente un fundamento político. ETA = Euzkadi ta Askatasuna (Euzkadi y Libertad), parece ser que se desgajó de un sector del Partido Nacionalista Vasco para desviarse después hacia otros derroteros de tristes consecuencias. Algo de esto ocurrió a raíz de las contiendas del siglo XIX, en que no sólo se trató exclusivamente de un asunto dinástico, por mucho que ahora se den otras versiones, dado que poco entendía de los entresijos cortesanos la mayor parte de esos antepasados nuestros; subyacía otra cuestión.

ETA se fue transformando y se convirtió en una coalición política diversa y para muchos extraña. Su pretensión es la independencia del País Vasco, empresa harto difícil de alcanzar dados los actuales condicionamientos y sistemas políticos europeos. Fue nutriéndose de jóvenes y ya se sabe que, en general, la juventud, es rebelde por naturaleza, como impulsiva y proclive de ser captada para cualquier empresa protestataria. También fue nefasta la organización GAL que se opuso. Todos hemos lamentado tantas muertes y tantas familias destrozadas. Son ya más de treinta años de sufrimientos, secuestros y angustias que claman por su desaparición para que todos podamos vivir en paz.

—Pero dígame lo que se diga —intervinieron otros— la actividad policial de tantos años contribuyó en cierta manera a excitar a estas bandas rebeldes. El País Vasco no es conflictivo por naturaleza, aunque en ese plano y de manera sistemática le pusieron durante bastante tiempo algunos medios de comunicación. Muertes absurdas de una y otra parte; es cierto. Se dijo que buen número de los miembros policiales que se destinaban a esta tierra llegaban predispuestos a perseguir todo aquello que oliera a vasco. Tremendo error gubernativo, incluso histórico. Se comentó que en una romería campestre, de las muchas que se celebran a la vera de una ermita en un barrio rural, se le incautó a un joven el *txistu* porque era el instrumento musical que podía catalogarse de subversi-

vo. A una muchacha se le envió a casa a cambiarse de ropa porque llevaba una falda blanca, un jersey verde y alpargatas coloradas, es decir los colores de la bandera vasca. Como también ocurrió, en cierta ocasión, con motivo de la representación de un teatro en euskera, pusieran un policía uniformado en cada entrada a los pasillos y en cada palco. Y eso que los que acudieron eran gente mayor que hablaba mejor el euskera que el castellano. Al obrar de esta manera, no se daban cuenta los mandos de los agentes del orden, ya que estos se limitaban a obedecer, que estaban abonando un campo donde, consecuentemente, estimularían enemigos del Régimen vigente en cuantía considerable. Tampoco son ignorados los numerosos casos habidos a lo largo y ancho de las carreteras españolas cuando se han multado dudosas faltas de circulación, –faltas que indudablemente hay que castigarlas pero solamente con la ley en la mano– particularmente cuando los automóviles sancionados tenían matrículas del País Vasco. Así como las retenciones que con igual motivo se les imponía en las fronteras a ciudadanos normales y respetables, solamente por el hecho de que sus vehículos tuvieran las citadas matrículas, mientras veían pasar y circular a través de ellas con toda clase de facilidades a otras personas que, como ellos, disponían de toda la documentación en regla, pero que no eran molestados con registros ni esperas. Casos de análoga naturaleza fueron incitando ideas rebeldes que de otra manera no se hubieran producido. Completamente reprochable, así mismo, las acciones de quienes desde el lado opuesto se dedicaban a enardecer a unos jóvenes, donde una buena parte, con desconocimientos históricos o manipulados, han sido utilizados en la comisión de actos violentos.

Como puede verse, el tema es complejo y de difícil solución. Quizás si nos sometiéramos la mayor parte de la colectividad a la aceptación de un Estatuto digno que recoja y proteja ciertas tradiciones que se mantienen a duras penas, entreverando en él las normas que impone el progreso, podría vislumbrarse la deseada paz. Si esto fuera factible y respetado por todas las instancias políticas y gubernamentales vigentes ¿se lograría alcanzar la añorada solución al problema vasco que se arrastra bajo distintos matices y altibajos desde hace ciento cincuenta años?

Quise matizar el tema añadiendo estas otras consideraciones:

–No debemos olvidar la indignación y rabia que se ha originado en tantas regiones españolas con tantas muertes absurdas de guardias civiles, militares, policías y políticos cuyos cadáveres se han exportado muchas veces desde aquí. Y tampoco se debe olvidar que estos tristes acontecimientos han venido provocando un rechazo y una aversión a todo lo que suene a vasco. Indudablemente, esa confusión ha existido y aún prevalece porque no se ha sabido discernir la cuestión con ecuanimidad.

Y abundando en la cuestión que estábamos comentado relaté seguidamente el siguiente caso:

—Hace más de veinticinco años, durante cierto día que subí a un montañoso barrio rural del pueblo, acudí a una misa ordinaria que solía celebrar los días festivos en la ermita un anciano sacerdote. El día anterior habían muerto en un enfrentamiento un guardia civil y un militante de ETA. Me causaron verdadera impresión las palabras que aquel viejo cura pronunció en euskera al principio de la misa dirigiéndose a todos nosotros:

—La misa será en sufragio de las almas de ambos jóvenes muertos en la flor de su edad. Sus madres, en los días sucesivos, estarán sentadas en un rincón de la cocina de casa, llorando, sin poder comprender nada, queriendo desahogar su pena y resistiéndose admitir lo ocurrido. Ayudémosles también con nuestras oraciones.

Estas conmovedoras palabras creo que a todos nos llegó al alma.